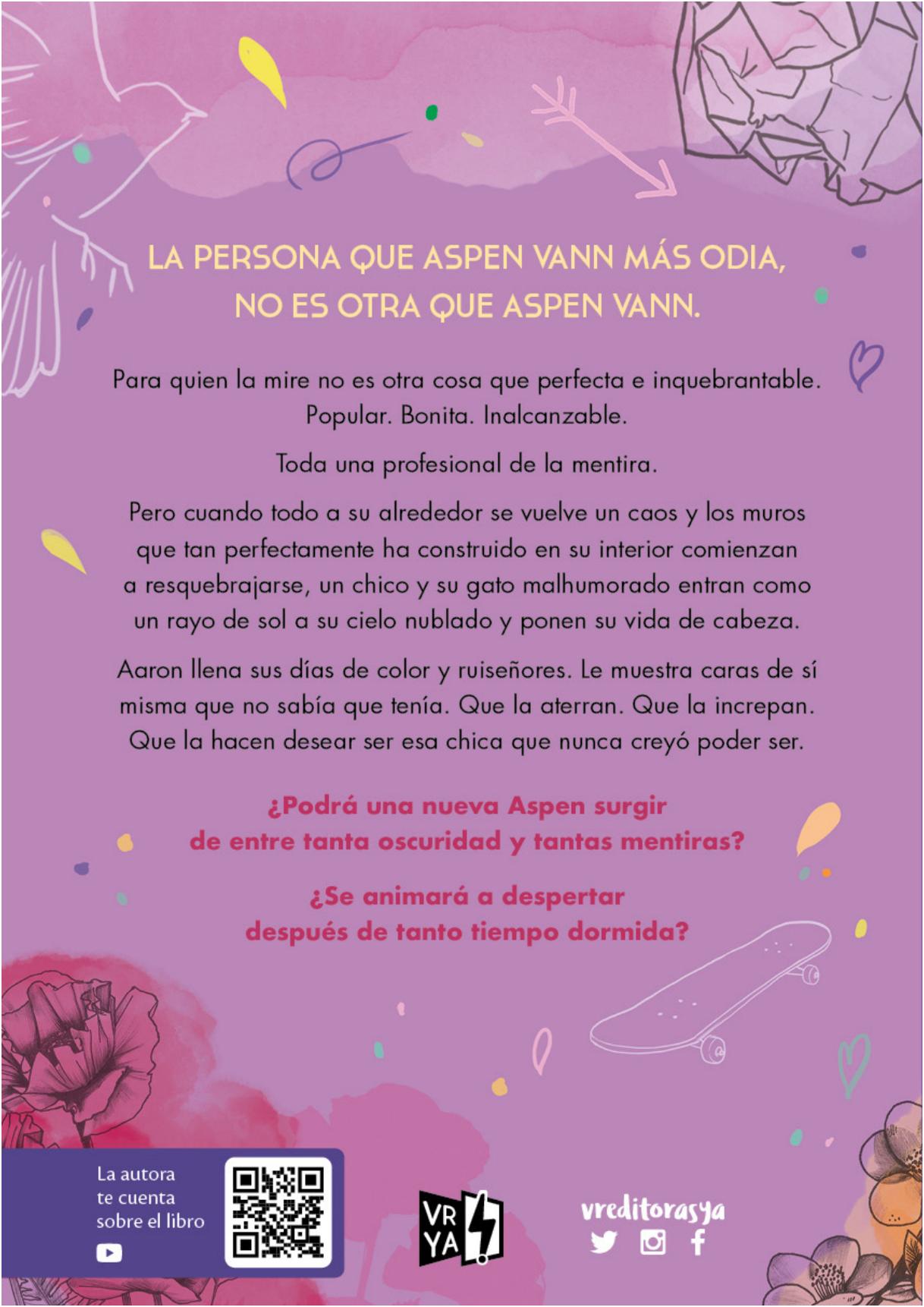


VICTORIA RESCO

REINO DE  
PAPEL





## LA PERSONA QUE ASPEN VANN MÁS ODI, NO ES OTRA QUE ASPEN VANN.

Para quien la mire no es otra cosa que perfecta e inquebrantable.  
Popular. Bonita. Inalcanzable.

Toda una profesional de la mentira.

Pero cuando todo a su alrededor se vuelve un caos y los muros que tan perfectamente ha construido en su interior comienzan a resquebrajarse, un chico y su gato malhumorado entran como un rayo de sol a su cielo nublado y ponen su vida de cabeza.

Aaron llena sus días de color y ruiseñores. Le muestra caras de sí misma que no sabía que tenía. Que la aterran. Que la increpan. Que la hacen desear ser esa chica que nunca creyó poder ser.

**¿Podrá una nueva Aspen surgir  
de entre tanta oscuridad y tantas mentiras?**

**¿Se animará a despertar  
después de tanto tiempo dormida?**

La autora  
te cuenta  
sobre el libro



vreditorasya





ARGENTINA



VREditorasYA



vreditorasya



vreditorasya

MÉXICO



vryamexico



vreditorasya



vreditorasya

VICTORIA RESCO

REINO DE  
PAPEL



VICTORIA RESCO

REINO DE  
PAPEL





A Cori e Irda,  
que un día me regalaron un libro  
sin saber que me estaban cambiando  
la vida.



# PREFACIO







*–Me dijiste que eras una persona terrible –me dijo de la nada, como si hubiera estado toda la vida conteniendo ese pensamiento y ya no pudiera hacerlo un segundo más.*

*Le di un sorbo a mi bebida, intentando aparentar una tranquilidad que no estaba ni cerca de sentir.*

*–¿Y? –Tenía el corazón en la boca, palpitando agitadamente y temía que, de decir algo más, fuera a caérseme y a quedar latiendo, expuesto como un mórbido centro de mesa.*

*–Yo creo que una mala persona nunca hubiera hecho lo que hiciste.*

*–¿Pisar el acelerador antes de que pudieras invitarme a salir?*

*–Espera, ¿sabías que iba a invitarte a salir?*

*–No es el punto. –Palabras tan secas que podrían haber hecho creer a cualquiera que el desierto del Sahara era un paraíso tropical–. Además, ya te dije: esto es una salida de amigos. –Él sonrió, a pesar de mi clara negativa. Me detesté por la forma en la que apuré las palabras; nunca había sonado menos convincente.*

*Podría haber dejado pasar mi desliz, pero no me sorprendió que no lo hiciera: su actividad favorita parecía ser descolocarme, y era más que excelente en ello.*

*–Ya olvidé el punto.*

*–Recuérdalo.*

*–Ah, jeso! –Lanzó una carcajada, pero luego se puso serio. O todo lo serio que podía ponerse; una única vez lo había visto sin sonreír. Me pregunté si le dolería*

la cara—. No eres una persona terrible, aunque tenías razón con lo de ser amargada.

Esta vez, me tocó a mí sonreír, pero nunca estuve tan en desacuerdo con algo como con su declaración. Me intrigaba. Odiaba admitir lo mucho que me intrigaba su sonrisa.

—¿Por qué?

Destelló en sus ojos ese brillo relajado, pero una vez más vi en ellos el vestigio sombrío de una tristeza que parecía no tener fondo. Como si lo hubiera imaginado, las esquinas de sus labios se curvaron y su luz iluminó nuestro cubículo.

—Todo lo que hiciste. —Sabía perfectamente lo que abarcaba ese "todo", y eso solo me hizo sentir más culpable—. Eso es algo que ninguna mala persona hubiera hecho.

Y así fue como finalmente me reí. De verdad. Sin importarme perder la apuesta. Me reí porque él parecía tan convencido que cualquiera le hubiera creído. Me reí porque de todas formas ya había perdido y, sobre todo, porque nunca había tenido tantas ganas de llorar.



# CAPÍTULO 1







Llorar en público era, probablemente, lo que más odiaba en la faz de la Tierra. Llorar, en líneas generales, era casi igualmente odioso, pero exponerlo ante todos, que te miraran con esas expresiones de pena e intriga, como si ellos fueran a entender algo, como si ellos pudieran, con sus palabras empalagosas, hacer una diferencia... eso lo hacía peor.

Así que no lloré. Contuve las lágrimas que me escocían los ojos como si mi vida dependiera de ello.

No recordaba la última vez que las emociones me habían sobrepasado de esa manera, como una estampida desenfrenada, pisoteando mi cuerpo sin piedad. Sentimientos vertiginosos que me retorcían las entrañas con tanta violencia que no llegaba a convertirlos en furia. La furia era un sentimiento sencillo, había aprendido eso hacía mucho tiempo. También aprendí que todo –miedo, desagrado, inseguridad, dolor– podía traducirse al lenguaje de la ira, y la ira era increíblemente similar a la indiferencia.

Saber eso hacía más frustrante no poder rearmarme. Tantos años deformando sentimientos y esculpiendo furia, y sin embargo sentía que había sido la más estúpida de las pequeñeces la que me había dejado hecha un lío.

Era pequeño, o lo había sido al principio, como todas las cosas que duelen y todas las cosas que toman desprevenidas a las personas: una inundación empieza con una gota, un terremoto con un temblor, una muerte con una exhalación y, por supuesto, un sentimiento con un error.

En mi caso, hubo muchos errores y de golpe había también muchos sentimientos, demasiados.

Demasiados sentimientos. Demasiado altos. Demasiado caóticos.

Demasiado aterradores.

Las preocupaciones que me nublaban la vista serían poco más que recuerdos distantes en seis meses. Ese momento de mi vida era tan solo un medio para un fin; con la universidad a la vuelta de la esquina, tenía cosas que merecían mucha más atención que los hechos que me habían llevado al bullicioso parque en el que me encontraba.

Y a pesar de que me repetía eso una y otra y otra vez, la frustración, la ansiedad y la culpa me hacían jirones el estómago, y yo me lo envolvía con los brazos, como si fuera poco más que un malestar pasajero.

Tanto empeño en distraerme de mi interior puse, que mi desconexión con el exterior –el ruidoso parque de juegos, con niños correteando y madres que los seguían, algún que otro corredor o ciclista cuyo trayecto zumbaba a mis espaldas, el cielo despejado y brillante de las cuatro de la tarde, el incómodo banco de piedra sobre el que me había desmoronado– me tomó por sorpresa. Tenía los ojos fuertemente cerrados, sin ser consciente del dolor de cabeza que esto empezaba a provocarme, cuando el desliz de un sujeto peludo contra mi tobillo me sobresaltó. Sin embargo, mi único movimiento fue un rápido parpadeo, que me reveló a un gato gordo y de pelaje atigrado en marrones y negros. Lo más llamativo era el collar que llevaba, del cual colgaba una correa con el extremo roído. Mi cuerpo se paralizó completamente. El cabello se me había caído como una cortina a los lados de la cara, pero no me animé a moverme ni para correrlo. Sin importar cuantas veces me hubieran hablado de gatos y perros y el cariño nato de los animales domésticos, mi cerebro no tenía lugar para razonamientos lógicos en ese momento. Nunca había estado frente a uno,

menos todavía con uno así, que parecía magnetizado alrededor de mis botas.

Entonces una segunda voz, casi tan suave como el pelaje del animal, se coló entre la de mis pensamientos.

–¡Kai! –Tres letras cargadas de alivio me acariciaron mientras su dueño se acercaba a donde el gato y yo nos encontrábamos. Unas manos varoniles, con dedos largos manchados con infinidad de colores, irrumpieron en mi campo de visión para hacerse con la bestia, pero parecía totalmente negada. Solté un chillido cuando se escurrió entre mis tobillos, impulsándose con un solo salto hacia mi regazo. Instintivamente, el desconocido se alejó un par de pasos, sus manos desaparecieron de mi vista, como si las hubiera alzado en señal de rendición–. Le agradas –soltó, y estaba segura de que sonreía, pero mis ojos estaban clavados en el animal, temiendo que me atacara ante el más mínimo despiste–. A Kai no le agradan muchas personas –continuó con su explicación–, como habrás notado.

Yo, que había estado al borde del llanto tan solo unos segundos antes de esto, a duras penas podía procesar sus palabras. Cuando alcé la vista para encontrarme con la del desconocido, con el único objetivo de que se llevara a su gato de mierda y a su palabrerío incesante, el nudo en mi garganta se asentó.

Primero caí en la cuenta de que tenía unos ojos preciosos, de color avellana, rodeados por un halo de pestañas densas que los hacían infinitamente profundos. Luego, en que tenía unos rasgos trazados delicadamente, con una nariz perfilada y unos pómulos remarcados, bronceados por lo que parecían horas al sol. Tanto estos, como sus manos y la mata de desprolijos rizos castaños que le caían sobre la frente, estaban salpicados con pintura amarilla y naranja. Por último, vi una sonrisita

despreocupada que tembló un poco, desdibujándose en una mueca de incertidumbre al ver mi rostro.

Podía imaginarlo perfectamente. Toda la vida había tenido el mismo evidente problema que se sumaba al del llanto. A diferencia de muchos afortunados, cuando la congoja se hacía demasiado fuerte y me empeñaba en esconderla, manchas rojas tomaban mi rostro y resaltaban mi palidez. Rodeaban principalmente mis ojos irritados y mi nariz, pero no era mucho mejor sobre las mejillas o la barbilla. Mamá me dijo una vez que hacía que mis ojos se vieran tétricos, casi translúcidos.

Pero, como lo último en lo que quería pensar era en mi madre y sus terribles consejos para la triste niña de seis años que fui una vez, parpadeé rápidamente para alejar las lágrimas, logrando una imagen más clara –y no por ello menos atractiva– del chico frente a mí.

–Si esto es por Kai, juro que es un santo. No te asustes. –Noté que tenía el otro extremo de la correa del gato enredada entre los dedos y su voz había adquirido un tono que iba entre el consuelo y la gracia pero que, tal vez porque estaba demasiado conmocionada como para admitir más sentimientos en mi sistema, no me molestó tanto como debería. De hecho, tenía una voz casi relajante—. Simplemente odia la correa.

–¿Un gato con correa? –No era exactamente lo que tenía planeado decir, pero me conformé con que mi voz no temblara. En mi garganta parecía haberse atorado una montaña de rocas filosas: una por cada lágrima que me negaba a soltar.

Él se encogió de hombros y, como si mis palabras hubieran sido una invitación, tomó asiento a mi lado. El gato emitió un rugido patético que, si bien no surtió efecto en el invasor, tensionó todos los músculos de mi espalda.

–Si fuera por él –explicó el desconocido girándose hacia mí con una sonrisita carismática–, solo se levantaría para comer. Así que cuando empezó a engordar, llegamos a la conclusión de que había que hacer algo al respecto. Ya ves, a Kai no le pareció la mejor opción –dijo, cabeceando hacia la mitad de la correa rosa que sostenía–; es la segunda que rompe.

No parecía en absoluto avergonzado de estar paseando un gato gordo y malhumorado con una correa como si este tuviera complejo de perro, así que no se lo hice notar. Además, comenzaba a relajarme en la compañía del felino. Casi lo suficiente como para olvidar la causa de mi conmoción.

*Casi.* Pues en el fondo de mi cabeza revoloteaba vívidamente el recuerdo de la chica asustada en el suelo. Ella, a diferencia de mí, no había tenido la fuerza para bloquear el llanto, y se le había escapado a sacudidas del cuerpo. En un momento llegué a pensar que iba a partirse en dos si seguía llorando así, forcejando contra las manos que tiraban de ella.

–No puedo creer que se esté dejando acariciar –la voz del desconocido me obligó a girar, volviendo a encontrar sus ojos, que parecían más sorprendidos de lo que yo estaba al verme deslizar los dedos índice y anular por la cabecita del gato–. Creí que odiaba a todo el mundo. Ahora empiezo a creer que solo me odia a mí.

Me fue imposible no esbozar una sonrisa, por más débil que esta fuera, ante la forma en la que se reía de sí mismo. Me hubiera gustado tener ese poder.

Sus espesas cejas se alzaron con indignación fingida.

–¿Te divierte? –Estaba sentado en el extremo opuesto del banco, lo suficientemente lejos como para ser respetuoso y a su vez poder hablar en un tono moderado.

–¿Que tu propio gato te odie?

–Puesto así es un poco patético, ¿no?

–Un poco.

–Al menos mi gato y su odio a mí te distrajeron.

Pero por más verdad que hubiera en esas palabras, el recuerdo me volvió a sorprender, y mi concentración volvió al felino. Estaba totalmente derretido en mi regazo. Me sorprendió el consuelo que esa bola peluda podía traerme. Tal vez era porque teníamos el mismo humor nefasto y el mismo deseo de escapar.

El chico soltó un “maldición” por lo bajo, como si le avergonzara aplicar ese vocabulario, y enseguida se disculpó.

–Lo siento, tal vez lo mejor hubiera sido no mencionarlo. No estoy acostumbrado a consolar chicas en parques.

–No me digas. Se te da de lujo.

Sus ojos se iluminaron.

–¿De verdad?

–No –mentí, disfrutando del bufido irritado que dejó salir al apoyar sus antebrazos en las rodillas–. Pero no es que yo necesitara consuelo.

–¿Entonces llorabas por *hobby*? –se mofó.

–No lloraba.

*Excelente respuesta, Aspen. Simplemente excelente.*

–Ah, ya veo –contestó con evidente burla–. ¿Se puede saber por qué no llorabas, entonces?

Y aunque pretendió ser un chiste, me costó Dios y ayuda no romperme completamente cuando abrí la boca para contestar y se me escapó un ruidito tan penoso como el intento de rugido del gato en mis piernas.

Me pegó con fuerzas renovadas la visión de mis amigas, esas que hacía no tanto parecían lo mejor de lo mejor, derramando como agua insultos sobre la chica pelirroja. Si bien Fallon y el resto del grupo habían mostrado comportamientos similares otras veces, nunca habían llegado a ser más que

un par de empujones y breves insultos, y aunque nunca me regodeé en ellos o participé, tampoco intervine, quedándome a un lado con una sonrisita de suficiencia ligera pero notoria como para que no me criticaran por amarga.

Pero, antes de hoy, no habíamos sabido con quién engañaba a Fallon su novio. Al descubrirse que era nada más y nada menos que con la pelirroja un curso por debajo de nosotras, a nadie se le ocurrió que Fallon debería cortar con Darren Wes. Eso sería una locura.

Lo que había que hacer era mucho más obvio y sencillo. Hablaron de ello como cuando íbamos de compras: con sonrisas de diversión y chillidos excitados, y cuando tocó el timbre de la última hora, sorprendimos a la pelirroja. Me alegré de no haber prestado atención mientras planeaban todo, porque no estaba segura de haber podido pararme a un lado mientras Maggie y Ashleigh la empujaban, tomándola una de cada brazo, dejando paso libre al puño de Fallon.

Un estremecimiento me rebanó la columna.

—Ey, ¿qué pasa?

Me molestaba. Me molestaba de una manera retorcida que un extraño pareciera más preocupado por mí de lo que nadie lo había estado nunca antes, y me molestaba que no pudiera contenerme y mostrarme erguida y aguda como siempre. Estaba hecha un completo desastre. Y lo que más me pesaba de todo eso, era que ni siquiera tenía las fuerzas para enojarme con él o mentir. De todas formas, ¿qué tanto más bajo podía caer?

—Soy una persona terrible —solté, sin animarme a desviar mi vista del animal y aprovechándome de la privacidad que ofrecía mi pelo al caerme alrededor del rostro en mi encorvada postura. De verme así cualquier compañero de clases, mi reputación moriría. Pero ahora mismo, había pocas cosas que me importaran menos.

–Estoy seguro de que todos nos sentimos así en algún momento. –Su serenidad era contagiosa, peligrosamente adictiva. Por supuesto, él no lo entendía. Era el tipo de chico que se paraba a animar a una fracasada solitaria en un parque lleno de niñitos. Dudaba que supiera lo que se sentía ser mala persona.

Pero me callé esos pensamientos limitándome a negar con la cabeza. Me violentaba la mera idea de compartir la horrible causa de mi estado con él. A pesar de ser un desconocido, era fácil ver en él la calidez del trato que emanan quienes viven de actos amables, y aunque por dentro supiera lo estúpido que era, no quería que él confirmara la verdad de mi afirmación. Solo quería que dijera algo, aunque fuera alguna tontería sobre el gato que ahora estaba profundamente dormido sobre mi falda de estampado escocés.

Lo miré –siendo sincera, no podría explicar por qué lo hice– y, por una fracción de segundo, creí ver en su mirada algo más que la comprensiva pena de un buen chico. Algo que esperaba, debajo de la pintura que le salpicaba las mejillas, de forma inquietante. Quería decirle algo más, pero temía que al hacerlo se desatara mi garganta y colapsara el débil dique que contenía mis lágrimas.

Para mí suerte o desgracia, no llegué a definir su abatimiento ni a abrir la boca, porque el irritante chirrido de su celular nos sobresaltó a ambos.

Él levantó la cadera en un movimiento un tanto forzado para poder sacarlo del bolsillo delantero de sus jeans. Me sorprendió el contraste del dispositivo moderno con sus prendas: una sudadera grande y de apariencia suave por años de uso, jeans desgastados y, como si fuera poco, unas Vans que parecían haber sido atacadas por un ejército arcoíris que apenas permitía distinguir su color negro original.

Con un rápido toque y evidente apuro, lo silenció. Noté con esa acción que sus manos también estaban manchadas con pintura celeste.

Sus ojos volvieron a mí y casi me creí que realmente lo lamentaba cuando habló.

–Alarma –explicó, como si me mereciera saber el motivo de la interrupción–. Aunque me encantaría dejarte el gato, hay chances de que en casa me maten si lo hago. –Me dio un giro inesperado el corazón al verlo deslizarse hacia mí sobre el banco–. Así que disculpas adelantadas por el posible alboroto. –No entendía de qué hablaba y estuve a punto de sacar el gas pimienta de mi bolso cuando sus manos atacaron al gato, despertándolo de su pasivo sueño con un maullido furioso digno de un león.

*El gato, paranoica, lo único que quería era tomar su gato.* Mi propio reproche por poco me hace bufar, tanto de alivio como frustración. No era tan irracional mi instinto. A todos nos enseñaban desde chicos a desconfiar de los desconocidos.

Volví a mirarlo y acepté la ridiculez de mi pensamiento al verlo sostener al gato, que repartía arañazos a diestra y siniestra, lo más lejos posible de su rostro mientras lo retaba como si se tratara de un niño revoltoso. “No. Malo. Kai, malo. ¿Conque así van a ser las cosas? No pienso darte más atún, chanchito maleducado”. Sus muñecas y brazos no se salvaron de los arañazos, y me sonreí irónica al ver cicatrices y cascaritas de heridas de guerras similares. Algunas eran más gruesas y largas y otras tan finas sobre la bronceada piel que casi no se percibirían de no prestar atención. Y yo estaba prestando atención, reconocí, apartando violentamente mis pensamientos de la forma fuerte de sus brazos que se adivinaba bajo las mangas del abrigo. Agradecí a Dios –aunque se lo debía a Kai– que él estuviera demasiado ocupado apaciguando a la fiera como para notar el calor que me invadió el rostro.

Pasaron tal vez dos minutos de esta entretenida situación, hasta que me animé a arriesgarme a recibir un par de heridas yo misma. Acerqué una

mano temblorosa a la cabeza del animal, y traté con todas mis fuerzas de ignorar el calor del muslo de mi compañero de banco al chocar con mi rodilla. El gato pareció dejar caer todas sus defensas en el momento en el que asenté mis caricias detrás de su oreja, reemplazándolas por una inclinación notoria de su cabeza hacia mí.

Incluso con el miedo de incentivar un nuevo ataque felino, alejé mi mano en cuanto pude, y esta fue reemplazada por la de su dueño. Me molestó cuánto le costó a mi cerebro aceptar el descaro que hubiera significado mantenerme así de cerca, pero me limité a entenderlo y a separarme del chico hasta volver a nuestra distancia inicial. Mi rodilla sintió el frío más punzante que antes al perder el contacto con su pierna.

Una vez más, el desconocido me halagó con un gesto de incredulidad, mientras bajaba al animal a sus propias piernas.

–Considérame indignado –acotó de forma acusatoria, yendo con los ojos de su gato hacia mí–. Casi dos años trabajando con animales y nunca conseguí que este fuera tan manso, mucho menos con tan poco esfuerzo.

La absurda naturaleza de la situación –una chica como un tomate irritado, un chico que era más pintura que humano y un gato furioso– me robó una risa breve y arenosa, levemente agria pero igualmente sincera, seguida de un gesto de indiferencia.

–Los amargados nos llevamos bien entre nosotros.

Kai, desde su cómodo lugar, soltó un maullido que, de no ser por su claro estado de dormitación, habría jurado era una afirmación, y el chico a mi lado se puso de pie un segundo después, ocultándome su expresión.

Al encararme, con el gato sostenido como si fuera un bebé despatarrado, su sonrisa me mostró por primera vez –o tal vez era la primera vez que yo le prestaba atención a esta y al metro ochenta del sujeto– un set impecable de dientes blancos. No la miré más de un segundo, pero fue suficiente para

notar la punta de uno de los caninos apenas partida y el hoyuelo de la barbilla.

–Trata de no ser una amargada...

–Aspen.

Me miró de arriba abajo, como analizando que el nombre fuera aplicado, y luego sonrió aún más. No pareció notar la ola de calor que me golpeó el pecho.

–Aspen –repitió–, espero verte pronto y bien, pero a menos que corra ya mismo, estaré más que tarde.

Y no me dio tiempo a responder, razonar, o preguntar su nombre, antes de salir disparado por donde había venido, con su gato malhumorado y una pequeña porción de mis preocupaciones.

No llegué a decirle que yo esperaba no verlo nunca más.



Cuando llegué a casa, no me sorprendió que el griterío continuara. Las voces de mamá y papá se superponían entre sí, ninguno escuchaba al otro y las ideas, tanto las lógicas como los insultos incoherentes, se perdían sin ser escuchadas. Esa era la casa Vann. Supuestamente los ucranianos eran conocidos por su carácter severo pero controlado, era una pena que mis padres hubieran heredado solamente la primera mitad de esa suposición. Tenían menos control que simios hambrientos en jungla sin bananas, y así se vivía en mi casa, con el coro de sus quejas como música de fondo.

No notaron mi llegada –de la misma forma en la que no lo habían hecho cuando llegué a casa más temprano ese mismo día, a eso de las tres y media de la tarde–, o si lo hicieron, no les pareció merecedora de una pausa a su disputa, así que me escabullí lo más rápido que pude hacia mi habitación,

cerrando la puerta a mis espaldas. El intento por sofocar sus voces fue totalmente en vano.

Las paredes blancas y desnudas del cuarto me invitaron a caer sobre el colchón y las mullidas almohadas. No lloré ni siquiera en ese momento, pues había pasado más que suficiente tiempo lamentándome en el parque. Si no lo hice allí, no lo haría ahora. No podía seguir perdiendo valioso tiempo con tonterías.

Lo que sucedió con la pelirroja a la salida de clases me había distraído lo suficiente. Lo que le pasara a esa chica no era mi problema, y por ende no merecía un segundo de mis preocupaciones. Había sobrevivido toda la secundaria con una única idea clara en mente: cada uno por su cuenta. Si me dedicaba a ir por la vida haciendo de defensora de todos los que alguna vez habían sufrido de las pullas de Fallon, terminaría siendo uno de ellos, y no era algo que me interesara. Lo importante ahora mismo era pegarme a Fallon, Ashleigh, Maggie y Claire. Con ellas a mi lado, me aseguraba tranquilidad el resto del año, que era todo lo que podía pedir.

Además, era importante recordarle al resto del mundo cuál era su lugar. No podíamos dejarlos actuar como lo hacíamos nosotras, porque entonces pensarían que éramos iguales, y dejarían de respetarnos. Eran cosas simplemente necesarias.

Por primera vez, ese pensamiento no me reconfortó.

Volviéndome sobre mi espalda, encontré en la pared opuesta el único adorno de toda la habitación: un corcho con un almanaque, *post-its* organizados por colores y prioridad, y un enjambre de notitas de impecable caligrafía con recordatorios. En medio de todo ello, se erguía el cartel que miraba tan seguido en busca de motivación. Este, en letras anchas y decoradas en verdes y lilas claros, leía:

6 meses

Seis meses para poner fin a la secundaria que todos tanto temían dejar, seis meses para al fin ser libre y embarcarse a la universidad más lejana que me aceptara.

Estaba tan ansiosa como temerosa por cambiar el cartel por el de "5 Meses", que ya tenía listo y bien guardado en la cajonera del escritorio. Porque, a pesar de tener ya planeada la lejanía y los detalles de la vida que gozaría en un par de años, eran las grandes decisiones las que aún no había tomado. No tenía ni la más pálida idea de lo que quería estudiar y solo pensarlo me generaba un ahogo sofocante.

En parte, eso había sumado a mi estrés de esa tarde, junto con el haber llegado a casa para encontrarme a mis padres en guerra.

Después de que en la escuela hubieran anunciado la proximidad de las fechas de envío de solicitudes a las universidades, el mundo se paralizó a mi alrededor. Fue como un balde de agua fría cayéndome encima. Creía tener todo el tiempo del mundo para tomar una decisión, pero de la nada eso no era más que otra mentira. Estaba entre la espada y la pared.

Y esa colisión de sentimientos me llevó a una huida más patética que épica. No estaba segura de cuánto tiempo estuve en el parque, solo que hubo un claro antes y después. El antes, más sofocante, que me tenía con las manos temblorosas y las ideas difusas, al que se le puso fin con la llegada del gato de ojos amarillos, y el después, al retirarse este en brazos de su dueño, más calmo y reflexivo. Pensándolo bien, tal vez hubiera habido un durante, entre el antes y el después. En este, con la compañía del chico de colores, por poco olvidé el antes y todos los errores que habían desatado el caos en mi interior.

“Espero verte pronto y bien”, había dicho él, con esa sonrisita radiante. Solté un bufido al recordarlo. Lo último que quería era volver a encontrarme con alguien que me había visto en ese estado lamentable,

alguien que se había acercado tan peligrosamente a los destrozados pedacitos de mi persona en su mayor momento de debilidad.

La ilusión de tener alguien que se preocupara por mis problemas había sido agradable los minutos que duró, pero sabía que terminaría, de la misma forma en la que se termina un paquete de galletas o el calor del verano. Tal vez lo más molesto no era que lo hiciera, sino que al verlo doblar la esquina y desaparecer de mi vista, había esperado que se diera vuelta, aunque fuera una vez.

*Desilusión, pensé con rechazo, que sentimiento tan absurdo.*



Ni siquiera con los auriculares a todo volumen pude ahogar el bullicio que venía de la cocina y casi di un grito de alivio cuando este desapareció abruptamente. Lo único que me retuvo fue el miedo a advertirles de mi presencia. Sin embargo, todas las precauciones fueron pocas y, dos horas más tarde, asomó una mata revuelta de pelo gris, especialmente arreglada para ocultar la incipiente calvicie de papá.

Me sonrió, esa sonrisa triste que tan mal disimulaba su miseria, como si con eso pudiera borrar de mi memoria los gritos que habían machacado mis oídos toda la tarde.

–Penny, no sabíamos que estabas en casa. ¿Vas a cenar? –No me dejó responder–. Bueno pídete lo que quieras, hay efectivo en el jarrón. Mamá se fue a otra cena de trabajo y yo ya comí. –Tampoco esperó respuesta en esta ocasión, cerró rápidamente la puerta como si apenas tolerara verme.

Avancé al baño, dejando mis carpetas cuidadosamente cerradas en una esquina del escritorio y marcando con tics las tareas que me había sacado de encima. Estaba agotada, y lo único que quería hacer era eliminar todo rastro

de maquillaje de mi cara antes de ir derecho a la cama, pero me distraje con mi reflejo.

Al remover los restos de corrector bajo mis ojos, me impresionó ver que tenía unas ojeras pronunciadas, y los labios, bajo los brillos que llevaban, se encontraban pálidos y resecos. Mis dedos se deslizaron por mi mejilla, como para asegurarse de que fuera real. Entonces mis ojos me devolvieron la mirada y di un paso atrás al ver la pesadumbre que cargaban. El corazón se me convirtió en piedra del susto. Al enjuagarme la cara se me había derramado la máscara sobre los pómulos y ahora serpenteaba entre las pecas, dándole a mis ojos un contraste que los hacía de un gris más pálido que nunca. Los mechones húmedos se me pegaban al rostro, enmarcándolo con un rubio casi blanco.

No pude recordar la última vez que me había visto tan mal. En momentos así, veía en mí la sombra de mi padre más fuerte que nunca, con sus rasgos afilados –aunque la nariz pequeña era de mamá–, pero también con esa tristeza que le inundaba la mirada, incluso tras esbozar la sonrisa más bonita.

Parecerme a mis padres, ¿en qué momento no lo había querido evitar? Y sin embargo aquí estaba, mi rostro siendo el calco de ambos. Quien quisiera, podría ver en mí la vivaz arrogancia de mamá, y quien me desarmara, el derrumbado espíritu de mi padre, oculto tras la misma adicción al trabajo. Tragué fuerte al pensar en que esto último –si bien disfrazado bajo maquillaje y la poca dignidad que me quedaba– era lo que había visto el chico del parque.

Ese pensamiento intrusivo me sacó de mi trance, y me empeñé en terminar lo que había empezado para escapar lo antes posible de la chica del reflejo.